

## CÓMO REZAN LAS SOLTERAS

POEMA EN UN CANTO

(*Monólogo representable*)

(Galería de un templo.—A la izquierda del espectador, la puerta de salida.—A la derecha, la puerta que da entrada á la iglesia.—Personas de diferentes sexos y edades se agrupan á esta puerta para oír misa.—Durante el Oficio divino se estará oyendo un armónium.)

### I

(Petra, cogiendo una silla.)

Voy á rezar sentada, porque creo  
que de no usar, bien cómoda, las sillas,  
se me ha formado un callo en las rodillas,  
que será bueno y santo, pero es feo.  
Y así despacio porque estoy de prisa,  
veré si llega Pablo;  
y en esta posición, oyendo misa,  
tendré un oído en Dios y otro en el diablo.

### II

Petra, comienza tu oración del día:  
*Padre nuestro que estás...*

(Distraída)

Estoy furiosa

de no ser pronto esposa...  
¡Si en vez de madre acabaré yo en tía!  
No, no soy fea, y para el mundo entero  
no tienen más que este uso las hermosas.  
Me casaré; ¿no he de casarme? Pero...  
¡Dios tarda tanto en arreglar las cosas!...  
Estaba... ¿dónde estaba?...  
Creo que ya llegaba  
á los cielos, esto es, á mi elemento;  
porque dicen las viejas  
que, como es sacramento,  
cae siempre del cielo el casamiento...  
Todo cae del cielo... ¡hasta las tejas!

### III

*Santificá... Santificá...* ¡Dios mío!  
Oigo un rumor extraño...  
¿Será él? Voy á ver.  
(Dirigiéndose á la puerta de salida y dejando caer, al descuido, el abanico, el rosario, etc.)

¡Qué desengaño!

No es su yegua, es el mulo de su tío.  
Un tío que es un hombre atrabiliario,  
que llama estar muy malo á ser muy viejo,  
que al que le pide un real le da un consejo.  
¡Qué inmortal es un tío millonario!  
No viene, y yo deseo hacer alarde  
de lo mucho que sufro con su ausencia,  
y darle rienda suelta en su presencia  
á un gran suspiro que empecé ayer tarde.  
¡Nadie!, no llega. Mi esperanza es vana.  
¡Ni un pájaro interrumpe con su vuelo  
esa línea lejana  
en que se une la tierra con el cielo!

### IV

(Se vuelve á su asiento.)

Volvamos á la mística tarea:

*Santificado sea...*  
Pero antes de seguir mis oraciones,  
quisiera yo saber ¿por qué razones  
de su casa á la mía, escalonadas,  
el Dios de las alturas  
de viudas, solteras y casadas  
tendió una vía láctea de hermosuras?  
O tiene hoy pies de plomo,  
ó Pablo está de broma;  
en viendo una paloma  
se vuelve un gavián, siendo un palomo.  
¿Habrá visto á Paulina,  
la púdica sobrina  
del deán de Sigüenza?  
Quiso ser monja ayer, y hoy, por lo visto,  
ya á preferir comienza  
la milicia del rey á la de Cristo.  
Tiene, además de un rostro peregrino,  
un pelo de oro fino,  
y cuando Dios reparte  
á una mujer ese color divino,  
le hace un ser doblemente femenino.



¡Ay del que va en el mundo á alguna parte  
y se encuentra una rubia en el camino!...  
Se me está figurando  
que estoy rezando mal, como cualquiera.  
¿Estaré yo pecando?  
De ninguna manera.  
Mis tiernas distracciones no son raras,  
y, en materia de amores,  
saben los confesores  
que la moral suele tener dos caras.

## V

A Pablo, con el aire de la ausencia,  
se le constipa el alma con frecuencia,  
y me causan cuidados  
mujeres tan expertas,  
porque entre ellas, mejor que entre las puertas,  
suele haber en amor aires colados.  
¿Estará con Vicenta, esa viuda  
que él dice ¡el embustero! que desprecia?  
Pero ¿podrá engañarle? ¿Quién lo duda?  
No hay sabio á quien no engañe cualquier necia.  
Mas ¿cómo ha de engañar esa Vicenta  
de tan pérfidos tratos  
á un hombre tan sutil que, según cuenta,  
estudia á las mujeres en los gatos?  
*Venga á nos...* ¡qué sospecha impertinente!  
Quisiera continuar mis oraciones,  
mas no puede apartarse de mi mente  
la viuda que aspira á reincidente  
con más hambre de amor que diez leones.  
¿Y él? ¿y él? Con los del cielo equiparados,  
las mujeres son ángeles menores.  
En cambio, con nosotras comparados,  
los hombres no son malos, son peores.

## VI

*Venga á nos...* ¿Si estará con Nicolasa,  
que llama amor á amar á su manera?...  
¿Que no la ama ni el perro de su casa,  
pues tiene peor sombra que la higuera?  
¡Horror! Esa casada arrepentida  
que hunde el globo terráqueo con su peso  
y que está ya en sazón para comida,  
pues tiene mucha carne y poco hueso,  
dice que en su inocencia

se equivocó de esposo;  
y añade, como ley de su experiencia,  
que todo el que se casa se equivoca.  
Y, aunque aun existe, su difunto esposo,  
con cara de canónigo dichoso,  
todo cuanto sostiene  
lo jura por el alma de su esposa...  
Sin duda no le importa una gran cosa  
que el alma de su esposa se condene.  
¡Amar á una casada! Cree mi tía  
que eso es común hoy día.  
¡Esos hombres traidores  
nunca quieren tener en sus amores  
ni registro civil ni vicaría!  
¡Amar á una casada! Vamos, vamos,  
si á mí me diera san Miguel su espada,  
ya estaría á estas horas traspasada...

(Rezando.)

*Así como nosotros perdonamos...*

## VII

Ese hombre se ha dormido,  
y yo tengo entretanto  
la sangre hecha un vinagre enrojecido.  
¡Cuán maldita es la suerte!...

(Suena dentro la campanilla.)

(Dándose golpes de pecho.) ¡Santo! ¡Santo!

Como estoy tan de prisa,  
sigo haciendo del rezo un embolismo.  
¿Quién podría creer que estoy en misa,  
rezando y maldiciendo á un tiempo mismo?  
Mas ¿no he de maldecirlas? Abomino  
á las viudas, casadas y solteras  
que salen á un camino  
haciendo eses de amor con las caderas,  
y luego dan posada al peregrino  
metidas por bondad á posaderas.  
(Se oye la marcha Real en la iglesia y el trote de un caballo  
en la calle.)

¡Qué rumor! ¡Qué rumor! Se me figura...  
No parece sino que lo hace el diablo.  
No hay duda, pasa Pablo  
ahora que está alzando el señor cura.  
Me voy; si ofendo al cielo  
le pediré mañana mil perdones.  
¿Dónde están mi abanico y mi pañuelo,  
mi rosario y mi libro de oraciones?...  
¡Están, como la tropa en las acciones,  
cubriendo de cadáveres el suelo!



Diré que los recoja el monaguillo  
que todas las mañanas,  
más bien que por demócrata, por pillo,  
toca el himno de Riego en las campanas.  
(Habla con un monaguillo que, haciéndose cruces, va reco-  
giendo los objetos nombrados.)

Voy, voy. Con estas idas y venidas  
me expongo á no llegar antes que pase...  
(Arrodillándose frente á la puerta de la iglesia.)  
¡Señor! ¡Señor! Después que yo me case,  
¡qué misas he de oír tan bien oídas!...

(Vase Petra por la izquierda.)

(*El telón cae al son de la marcha Real tocada  
en el armónium*)

## EL ANILLO DE BODA

POEMA EN UN CANTO

(*Monólogo representable*)

(Lugar de la escena: una plaza.—A la izquierda del espectador, hacia el fondo, una tienda de bisutería.—Aparecen hablando, de pie, María y el mozo de la tienda.)

### I

¿Dar mi anillo de boda  
por tan poco dinero?  
¡Ah! no; este emblema de mi vida toda  
vale más, mucho más que el mundo entero.  
(El mozo se retira y sigue María adelantándose hacia el  
proscenio.)

Mas sin razón me inquieto.  
Este hombre ignorará, sin duda alguna,  
que, al pasear por el mundo mi esqueleto,  
para hacer menos mala mi fortuna  
me ha servido este anillo de amuleto.

### II

(Mirando con éxtasis al cielo.)  
¡Perdón! ¡perdón!, idolatrado esposo,  
¡si no puede tu amor mirar con calma  
la venta de este anillo tan precioso!  
¡No ha comido hoy tu hijo, y es forzoso  
por un poco de pan vender el alma!  
Ya ves desde ese trono inaccesible,  
que tu esposa María  
podrá ser desgraciada todavía,  
pero más desgraciada es imposible.  
Soy una miserable  
al vender tu recuerdo; mas ¿qué quieres?  
en materia de leyes y deberes,  
la vil Naturaleza es implacable.  
¿Recuerdas aquel día  
en que diste este anillo á tu María?  
¡Oh, indeleble memoria!  
Te contaré la historia



con tenue voz, porque no me oiga alguno:  
 aquel día, tú loco y yo más loca,  
 nos dimos en la boca  
 un doble beso, que sonó como uno,  
 y de él quiso el destino  
 que brotase aquel sol, llamado Ernesto,  
 un sol que, por supuesto,  
 como es igual á ti, nació divino.  
 ¿Que si es bello? Es tan bello,  
 que, no igualando á su hermosura nada,  
 parece en su cabeza iluminada  
 una raya de luz cada cabello.  
 Es por lo reflexivo  
 un hombre enteramente,  
 aunque por ser tan vivo  
 aun toma el chocolate por la frente.  
 El oírle charlar me vuelve loca,  
 pues cuando quiere con esfuerzos vanos  
 contarme lo que mira y lo que toca,  
 además de los ojos y la boca,  
 dialoga con los pies y con las manos.  
 Para él soy lavandera,  
 madre, sastra, nodriza y pordiosera,  
 y si pasa mucha hambre algunas horas,  
 tanto en su bien me afano,  
 que le llevo, en verano,  
 al campo á comer gratis zarzamoras.  
 Y aunque hay días enteros  
 en que su hambre con pan no satisfago,  
 contándole unos cuentos hechiceros  
 le entretengo con sueños venideros,  
 y con pedazos de papeles le hago  
 mesas, pájaros, flores y sombreros.

## III

(Queriendo dirigirse de nuevo hacia la tienda.)  
 Mas ¡qué memoria! Voy, voy al momento.  
 Se me había olvidado  
 que hoy me han contado un cuento  
 de un niño por los cerdos devorado.  
 ¡Justo Dios! De pensar que mi tardanza  
 puede causar la muerte al hijo mío,  
 me dan todas las clases de ese frío  
 que media entre el terror y la esperanza.  
 Pronto ha empezado á declinar el día.  
 Ya hay más sombra que luz en mi mirada,  
 y al circular tardía  
 en mis venas la sangre congelada,

parece que me enfría  
 la niebla de una noche anticipada.  
 ¡Qué desdichada soy! ¡Qué desdichada!  
 Tal vez cansado de mi eterno duelo,  
 y sordo á mis querellas,  
 va echando sobre el mundo un denso velo  
 por crearme ya el cielo  
 capaz de hacer mal de ojo á las estrellas.  
 ¡Maldita suerte mía!  
 Mas sufre aún, sin maldecir, María,  
 porque lleno de celo  
 te dijo el señor cura el otro día  
 que es mal hecho el que un pobre acuse al cielo.

## IV

(Apoyándose en la esquina de una casa.)

Voy. Llegaré, como la hiedra, asida,  
 á darle el postrer beso de mi vida.  
 No sé lo que me pasa...  
 En ella sostenida,  
 tal vez compadecida  
 esta pared me llevará á mi casa.  
 ¿Si llorará, esperando, el hijo mío?  
 ¡No! Como es tan pequeño,  
 aunque se halle muy triste de hambre y frío,  
 ya pondrá fin á su tristeza el sueño.

## V

(Cayendo al suelo desvanecida.)

Mas pretendo seguir inútilmente.  
 No hay para mí consuelo.  
 Se me van las ideas de la frente,  
 y me caigo hacia el suelo  
 con ganas de dormir eternamente.  
 ¡Qué confusión! Entre las sienas siento  
 cierto vago rumor que crece... y crece...  
 tanto, que me parece  
 un diálogo de espíritus el viento.  
 ¡Con qué implacable saña  
 me zumba algo siniestro en los oídos!...  
 ¿Si serán los sonidos  
 de la muerte que afila su guadaña?...



## VI

(Con voz desfallecida.)

Lamaré.—¿Mozo?—Aquí.—Pero estoy loca;  
¿cómo han de oír los ecos de mi duelo,  
si ya tengo en la boca  
la lengua como un témpano de hielo?

(Besando el anillo.)

Ve tú, querida prenda  
del único amor mío,  
y al mozo de esa tienda,  
á quien no puedo ver sin sentir frío,  
le dirás que, por Dios, presto, muy presto,  
le lleve pan á Ernesto,  
que él en cuanto oiga ruido,  
con la boca entreabierta,  
se acercará á la puerta  
como se asoma un pájaro á su nido.  
¡Corre! ¡corre! Que él viva aunque yo muera.  
¡Cuán débil estoy ya!... ¡Si yo comiera  
algún poco de pan, me aliviaría!  
¡Pan! ¡pan! ¡Pobre María,  
para el hijo de mi alma lo quisiera!  
Pero, Señor, ¿qué es esto?  
Esto es que muero de hambre aquí entre el lodo.  
¡Ernesto!... ¡Anillo mío!... ¡Ernesto!... ¡Ernesto!  
¡Adiós!... ¡Os dejo á entrambos!... ¡Adiós todo!...

(Muere.)

## LOS AMORES DE UNA SANTA

## CARTA PRIMERA

## EL AUTOR A FLORENTINA

El autor escribe á Florentina, á quien sacó de un convento por encargo de su familia, para que le dé noticias de una monja misteriosa llamada Carmela del Castillo, la cual entre la comunidad gozaba de opinión de santa.

## I

Por esta que te escribo, Florentina,  
verás que, fiel á mi galante historia,  
no es tu nombre, como otros, una ruina  
que en el polvo enterré de mi memoria.

## II

¿Te acuerdas? Soy aquel que, si no miente  
el cronicón de las memorias mías,  
te amó, más bien ausente que presente,  
uno... dos... justamente...  
te amó un año, dos meses y tres días.  
¡Yo amar! ¡Yo amar! No sé cómo te diga  
que aquel joven de ayer ya es un anciano,  
que para ir á buscar á alguna amiga  
se apoya en la pared con una mano.  
Y aunque echo mal la cuenta  
de los años que escondo,  
y después que he cumplido los sesenta  
di una vuelta en redondo,  
volviéndome otra vez á los cuarenta,  
es lo cierto que hoy día,  
si he de hablarte en conciencia,  
soy un viejo muy viejo en la apariencia,  
y en realidad más viejo todavía;  
y del mundo aburrido,  
al marcharme á morir en el olvido,  
renuncié á los placeres,  
del todo arrepentido  
de haber siempre querido  
con algo de mal fin á las mujeres.